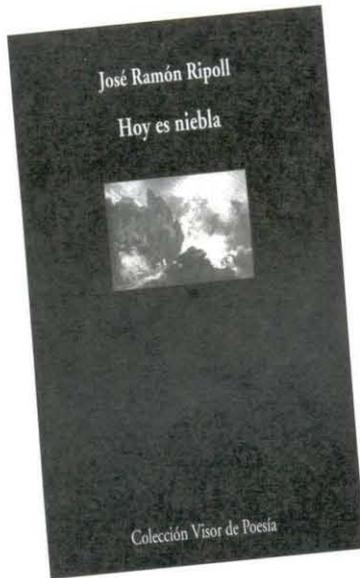


Hoy es niebla, de José Ramón Ripoll

Escribirse en el mar de la memoria

SABAS MARTÍN



Me ocurre lo mismo las contadas veces que un libro de poesía me devuelve la fe en la palabra auténtica y necesaria: recuerdo entonces la afirmación de Valente cuando sostenía que el reto de la poesía consiste en que debe decir con palabras todo aquello que no puede decirse con palabras. Y ese “todo aquello” que no puede decirse con palabras plegadas a la rutina utilitaria de la servidumbre cotidiana quizás no sea nada más -y nada menos- que el intento de apresar en el instante, en la voz, en el eco de la escritura, esa niebla difusa, esa remota e indefinible música, ese hondo más que hondo estremecimiento que configura la ambición de lo absoluto cuando nos reconocemos materia vulnerable señalada por el tiempo.

Así, pues, si además de sed de comunicación, fuente de conocimiento y aspiración de revelación -las grandes coordenadas por las que transcurre el decir poético verdadero y necesario-, si además de ello, la poesía es nada más y nada menos que un milagro del lenguaje -del lenguaje, sí, pero milagro al cabo- entonces cualquier intento de explicación previa a su cumplimiento en el acto mismo de la escritura o de la lectura, habrá de ser incompleto e insuficiente: un gesto

aproximado. No cabe explicación para aquello que a sí y en sí mismo se explica. Como bien sabemos, el poema no debe querer decir, sino ser. Y eso es algo que conoce muy bien José Ramón Ripoll (Cádiz, 1952) y que se cumple en *Hoy es niebla* (Visor, Madrid, 2002), volumen que reúne una trilogía poética organizada bajo el signo de la coherencia de un ciclo de tono y estilo, iniciado en 1984 con *El humo de los barcos* (Premio Rey Juan Carlos), continuado en 1990 con *Las sílabas ocultas* y que diez años más tarde alcanzó, de momento, su última estación con *Niebla y confín* (Premio Tiflos). Y si no es posible, como digo, una iluminación completa y cerrada de la auténtica poesía, volcada a la ambigüedad y multiplicidad significativa, al menos sí es posible adentrarse por ese entramado de visiones y adivinaciones, de asombros y alumbramientos, de músicas y silencios que confluyen en lo que fue agua en blanco de la página y ahora ya es palabra en el tiempo.

Una palabra que en José Ramón Ripoll muestra una intensa impregnación ética, con calado en aspectos próximos a una indagación metafísica del ser surgida de la experiencia trascendida de lo vivido, y que, desde la reflexión y el sentimiento, se adentra en aspectos esenciales de la condición humana. La emoción de la memoria, el latido de la fugacidad del tiempo, la conciencia moral, la vulnerabilidad de la infancia, la luminosidad del amor, la permanencia en y por el arte, la música o la escritura, son algunos de los motivos presentes en el desarrollo de la poesía del escritor gaditano. Y, junto a ello, dominándolo como la proclama de una unívoca profesión de fe, una clara voluntad de ser en la escritura, de conjugarse en lo escrito, de *escrivivir* identificando vida y literatura para cumplirse, así, en la búsqueda de la propia condición ante el ocurrir del mundo.

Sin embargo, por más que “Ripoll ha convertido los elementos de la propia educación sentimental en su más fructífera cantera temática” -en palabras de Caballero Bonald-, la de José Ramón Ripoll no es una poesía de vacío ejercicio autobiográfico narcisista, a la que tan proclives parecen ser nuestros últimos poetas. Lo autobiográfico en Ripoll, su incidencia en lo vivido, adquiere una otra valencia ulterior desde el momento en que el poeta utiliza lo vivido -y en oca-

siones lo presentado o lo imaginado- como un sistema de introspección, potenciado por sugestivas complejidades e implicaciones, que siempre nos remite a algo mucho más profundo y valioso que el mero relato de las anécdotas de la peripecia existencial. En este sentido es altamente significativo que sólo en escasas ocasiones en su poesía se utilice la primera persona y abunde, por el contrario, la segunda. Como si el poeta se situara frente al espejo y, ante su imagen, se sometiera deliberadamente a un proceso de distanciamiento para ver más allá, más adentro de lo que refleja la apariencia. Una actitud que, en muchas ocasiones, cristaliza en un lenguaje despojado de referencias inmediatas de tiempo y lugar y afirma la voluntad de su palabra para perdurar ante la caducidad de lo circunstancial, de lo efímero del momento y sus decorados. Algo, pues, tan parecido a la esencialización.

Y un proceso de progresiva esencialización es lo que José Ramón Ripoll ha emprendido desde sus poemarios primeros -*La tarde en sus oficios* (1978), *La tauromaquia* (Premio Guernica, 1980) y *Sermón de la barbarie* (1981)-, derivando su dicción poética hacia la desnudez y la contención, al tiempo que potenciaba la intensidad expresiva. Esa búsqueda del verbo esencial y, en tanto más esencial, más aproximado a lo trascendente, le ha llevado no sólo a revisar y corregir *El humo de los barcos*, el primero de los tres libros que se reúnen en *Hoy es niebla*, sino a llevar a cabo con él “una labor de rehabilitación”, según explica en la introducción el propio poeta, que incluye incluso el cambio de sentido e intención de ciertos poemas. No es el momento ahora de realizar un estudio comparativo entre ambas versiones del mismo poemario, pero la reescritura que acomete Ripoll -algo, por otra parte, tan usual en poetas como Juan Ramón- conduce a una mayor clarificación de los motivos dominantes en su universo temático y ratifica el sentido unitario, coherente en estilo y concepto, de la trilogía. El enfrentamiento con la memoria para reconocerse, la vida como naufragio, el mar y los símbolos natales, y la música multiplicándose en sus remotos ecos, constituyen la piedra ancilar sobre la que descansa *El humo de los barcos*. E imbricadas estrechamente con ello, las evocaciones de la historia, la música, el arte o la literatura como el ámbito en el que la palabra reafirma, ya desde el primer momento, su condición ética, su compromiso moral. Tanto en lo vivido como en lo escrito que, como habíamos visto, en Ripoll son la misma aspiración.

Un poema incluido en *El humo de los barcos* da título a *Las sílabas ocultas*. De nuevo aquí la memoria y la vulnerabilidad ante el tiempo aparecen como manifestaciones definitorias de la naturaleza humana en cuya indagación se sume el poeta. De nuevo el sentimiento del tiempo lo

impregna todo. Y de nuevo, aunque ahora más intensamente, la palabra poética explora sus propios límites como manifestación especular de la vida. Ya desde su mismo título, en *Las sílabas ocultas* predominan los poemas que remiten al verbo, a los nombres, al fuego de las palabras que trazan sus íntimos signos para, al cabo, “hacer que el propio fuego sea la vida/ y que sus letras sean escritas/ a través de la llama”.

En *Niebla y confín* persiste esa indagación en los espejos del mar de la memoria que, en esta ocasión, se manifiesta a través de una dicción más íntima, surcada de climas familiares y de la evocación de un “perdido paraíso” que no es tanto la infancia como la constatación de un íntimo y solitario desarraigo. Son poemas en donde se da una mayor presencia del yo y en donde se certifica nuevamente ese dogma, categórico en toda la poesía de Ripoll, de la identificación existencial con la creación poética: “He venido hasta aquí para escribirme”, declara el poeta. La palabra poética nos enfrenta a la incertidumbre del ser que, entre la bruma de la evocación, busca un más alto y verdadero horizonte que otorgue sentido y razón a la permanencia en el tiempo.

Adentrarnos, en suma, en *Hoy es niebla*, es asistir a la revelación de una poesía de largo aliento, de una intensa belleza estilística, capaz de crear un ámbito de sosegada interiorización. A lo largo de toda la trilogía, como hemos visto, los sucesos de la propia biografía, cierta o imaginada, convierten la palabra en un esencial y esencializado instrumento de conocimiento de alcance ontológico que ahonda en la niebla de ser en el tiempo y en los flujos de la marea con que retorna la memoria. En *Hoy es niebla* se nos ofrece una poesía de búsqueda y reflexión del más elevado registro, que no renuncia a la emoción ni a las calidades del lenguaje. Poesía que en su formulación conjuga la hondura conceptual y la belleza múltiple del verbo. Si como afirmaba el poeta guatemalteco Luis Cardoza y Aragón la poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre sobre la tierra, *Hoy es niebla*, de José Ramón Ripoll es el testimonio de un poeta que en la autenticidad de su palabra intenta perdurar y perpetuarse en ese intangible balbuceo de la eternidad que es el tiempo.

